

EL ZURRIAGO



VAPULEA LOS DOMINGOS

Zurraré a los majaderos que explotan a los obreros.

Lo mismo que a los farsantes y a los sabios ambulantes.

Pero suplico a *El Progreso* que no se asuste por eso.

Pues guardo lo principal para *La Aurora Social*.

No imitaré, vive Dios a ninguno de esos dos.

Piense decir la verdad a toda la humanidad.

Mas sin mentir ni injuriar ni a la decencia faltar

Y quien así no lo crea ¡buen arreglo! que me lea

AÑO I | PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Un año. 3,00 pesetas
Un semestre . . . 1,50

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Precios convencionales. La correspondencia al Administrador.

NUM. 52

Madrid 25 de Enero de 1903

LA CUESTIÓN SOCIAL

CARTAS A UN OBRERO

XLVII

Mi querido X: Para que comprendas mejor y de un golpe de vista mi pensamiento, te recordaré lo que estoy demostrando. He dicho que para resolver la cuestión social no sólo era absurdo combatir la Religión, como hacen los socialistas, sino que éstos, obrando cuerdamente, debieran ser los primeros en defender la influencia religiosa en todas las clases de la sociedad.

Primeramente procuré demostrarte, y creo que lo conseguí por completo, que los obreros no teniais absolutamente ningún motivo para haceros enemigos de la Iglesia, pues que ésta no es vuestra explotadora ni defiende a quienes os explotan, y además hace lo que puede por defenderos y protegeros; de donde en buena lógica resulta que es una barbaridad en vosotros haceros enemigos de la Religión para mejorar de suerte. Pero añadía yo, para demostrar la tesis del Papa de que sin la Religión nada conseguimos en esto del problema obrero, que además de ser vuestra protectora en todo tiempo, la Iglesia predica, y ella sola los únicos medios eficaces para resolver la cuestión social.

No te demostré aún esta afirmación, porque antes de llegar a ella era el conveniente dejar bien sentadas las anteriores, á fin de que vieras por cuántos motivos carecéis de razón para dar oídos a los mentecatos que, sabiendo Dios con qué fines, os engañan diciéndoos que la Iglesia es

un estorbo para llegar á vuestra emancipación. Finalmente, con el objeto de atar todos los cabos, te dije que no sólo la Iglesia no era vuestra enemiga, que no sólo era vuestra defensora, sino que además al apartamiento de ella se debe la cuestión social. Es decir: vosotros tratáis de mejorar vuestra situación, y la tal situación, bien poco favorable, como queda demostrado, se debe precisamente á la falta de Religión. De donde deducía yo y deducirás tú y deducirá todo el mundo que si la falta de Religión es la causa de vuestro malestar, éste no puede desaparecer mientras la Religión no vuelva á ocupar el puesto que le corresponde. Si el haber os olvidado obreros y patronos de las enseñanzas católicas dió de sí la cuestión social, para resolver ésta no hay más remedio que volver á la Religión. ¿Esto no es claro?

¿Procede vuestra situación, y por lo tanto la cuestión social, de la falta de Religión? Fíjate en lo dicho anteriormente, en las últimas cartas y contestarás que sí, de seguro. La cuestión ésta procede, como hemos visto, de que obreros y patronos se han olvidado de las prescripciones de la moral católica, y aun en los elementos económicos y políticos se ve siempre el egoísmo, la falta de moral, el valerse de los obreros como de una mercancía. Si los obreros fuesen todos buenos católicos, ¿serian tan inmorales muchos de ellos? Claro que no, pues cada acto inmoral que se cometa supone un pisotón dado á una afirmación católica. Todo lo que es inmoral está condenado por las doctrinas de la Iglesia. No me citarás un ejemplo en contra. Luego si vosotros todos fueseis más católicos seriais más morales; y si fueseis más morales seriais más dichosos: la cuestión social perdería mucho de su fuerza.

Digo lo mismo de los ricos, de los patronos. Citame algo que suponga explotación por parte de éstos y servidumbre por vuestra

parte, y verás cómo se halla condenado por las enseñanzas de la Iglesia. Si los patronos fueran buenos católicos y obraran como tales, como les manda obrar la Iglesia, ¿estaríais vosotros tan separados de ellos, tan pobres de recursos materiales, tan abandonados, tan inseguros, tan expuestos á perder el jornal que es la vida de vuestros hijos? Todos los males económicos mencionados ¿existirían si los ricos todos se inspirasen al tratar con vosotros, en lo que les dice la Iglesia que debe ser su línea de conducta?

Y respecto á los elementos políticos, ¿acaso el liberalismo, que en su aspecto económico, consiste en dejaros indefensos, no está anatematizado por la Iglesia mil veces? Si los gobernantes se inspiraran en lo que la Iglesia les predica, ¿no estaríais vosotros en situación muy distinta de la presente?

De donde resulta, claro, evidente, que el olvido de las enseñanzas religiosas es la causa de la cuestión social. Los obreros, los patronos, los políticos, se apartan de la Religión, desobedecen sus mandatos, y de ahí viene la inmoralidad en vosotros, la explotación en los ricos, el abandonaros en los políticos. Luego no cabe duda: combatir á la Religión para resolver la cuestión social es como llenarse de ropa para quitar el calor. Luego la Religión no sólo no es vuestra explotadora, no sólo os defiende, no sólo os protege en cuanto puede, sino que el volver á ella es condición indispensable para quitar de en medio las causas de la cuestión social. Luego lo dicho: para resolver el gran problema obrero es preciso comenzar por basarnos en la Religión católica.

Conque ya ves el camino que llevan los socialistas para llegar, combatiendo la Religión, á donde sin ésta no se llegará nunca! Parece que queda todo esto bien demostrado.

Tuyo
UN AMANTE DE LOS OBREROS

La ley del embudo

Continuamente estamos oyendo á los socialistas clamar contra los patronos que coartan la libertad de asociación de los obreros negando trabajo á los que se afilian á las sociedades de resistencia, negativa que, según dicen los partidarios de la *Sociedad socializada*, es anticonstitucional porque menoscaba el derecho que, conforme al artículo 13 del Código fundamental del Estado, tienen todos los españoles «de asociarse para los fines de la vida humana.»

No parece, en verdad, muy equitativa esta manera de comprender el derecho de asociación con evidente atropello del derecho que tiene todo ciudadano para admitir en su casa á quien le convenga y negarse á recibir á quien se le antoje. Si el contrato del trabajo es un acto voluntario que realiza el patrono, asociándose con el obrero para la producción de la riqueza, nadie puede oponerse á que el patrono escoja á su gusto al que ha de ser su compañero en la empresa productora, sin que valga el argumento sofístico de que semejante libertad de elección menoscaba el derecho de los trabajadores para asociarse, como no menoscabaría el derecho que tienen los obreros á contraer matrimonio el que prefiriese para su empresa trabajadores solteros, rechazando á los casados.

El régimen positivista de oferta y demanda, que es el mismo de la lucha de clases y de la imposición del más fuerte, no admite argumentos de índole moral ó caritativa: así son las cosas y así hay que tomarlas.

Pero los mismos socialistas que ponen el grito en el cielo contra el patrono que no admite asociados y acuden á las autoridades denunciando este supuesto delito, emplean cuando pueden el mismo recurso de que maldicen, demostrando así que quieren justicia y

no por su casa, como partidarios de la socorrida ley del embudo.

Argumento *ad hominem* en este punto nos lo da en estos momentos la Sociedad de maquinistas de imprenta que tiene su domicilio en el Centro Socialista de la calle de Relatores de Madrid. Esta Sociedad de maquinistas, mangoneada como todas las agrupaciones análogas por los aláteres de Pablo Iglesias; ha bloqueado, por decirlo así, todas las imprentas de la corte, en las cuales no puede trabajar más personal que el que a ella está asociado. Cuando algún obrero pide trabajo en un establecimiento tipográfico de cualquiera clase que sea, lo primero que le preguntan los jefes de máquina es si está asociado, y como no lo esté ya puede emigrar ó morir de hambre, porque en la mayoría de las imprentas madrileñas le opondrán un *veto* al que los patronos prestan su aquiescencia por temor á huelgas y disturbios.

Como se ve, los que acusan á los patronos que no quieren recibir á los obreros socialistas, incurren en el mismo delito que execran, pues si es imprescriptible é inalienable el derecho de asociarse los ciudadanos, no lo es menos el derecho de no asociarse, ya sea por el gusto de estar solo ó por el natural temor de ir mal acompañado.

La contradicción no puede ser más notoria; y aunque nunca fué la lógica patrimonio de los que asientan sus afirmaciones en torpes sofismas, no puede menos de sorprender esta simultaneidad de procedimientos contradictorios, que acusa una completa falta de criterio en orden á los principios y un gran exceso de despreocupación en lo que se refiere á la moral.

IGUALDAD

He aquí la palabra mágica que repetida una vez, y cien veces, y millones de veces, al oído del obrero por los mal llamados *redentores* suyos, ha logrado enloquecerle tanto, hasta el extremo de parecerle ver en lontananza ya el gran día de la liquidación social, el gran día en que una mano poderosa pase el raseró á la igualdad sobre todas las fortunas, sobre todas las sociedades, sobre todos los individuos, como repetidas veces un lo aseguraron bajo esa palabra robadora los que se dicen apóstoles suyos, transformando con tan disparatada utopía á esta vida caduca, en la que, como el refrán dice, *el que no trabaja no manduca*, en un verdadero país de Jauja; el gran día, que no puede llegar jamás, porque esa igualdad tan decantada sólo puede encontrarse en Dios para

quien no hay acepción de personas, ante quien ricos y pobres, amos y criados, sabios é ignorantes todos somos una misma cosa.

Y precisamente, para mayor desgracia vuestra, ese hermoso lazo de unión, Dios, que es el único que puede atar á todos los corazones, haciéndonos hermanos á los hombres de todos los países, como hijos que somos todos de Él, ese lazo, digo, ha sido lo primero que con sus doctrinas infernales vino á romper la *serpiente bíblica*, el socialismo que os predica el *solapado* Vigil para convertiros, infelices obreros, de hombres en fieras, pues ya es bien sabido que el hombre que reniega de Dios es una fiera que gusta mucho de la sangre.

Los siguientes versos de don Antonio Mur os retratan de cuerpo entero en esa situación desesperada, y describen magistralmente la mentida igualdad con que intentan halagaros para los fines que persiguen, los bien llamados autores de vuestra desdicha.

Miradle en la plaza con larga melena
Con voz cavernosa, con gesto feroz,
El traje raído, los ojos de hiena,
Blandiendo en su mano reluciente hoz.

Sobre tosca mesa y abriendo los brazos
Cual si pretendiera la villa abrazar,
Jura que es preciso saltar en pedazos
Un mundo que al pobre pretende estrujar.
¡Igualdad!—exclama—que el hambre
(nos mata,

Tenemos derecho del rico al caudal,
Y por consiguiente los que tengan plata
Con su hermano deben partir por igual.

Era aquel discurso de efecto seguro,
Con vivas de júbilo le dan la razón
Y un señor le dice: «tenga usted un duro
Que me ha convencido su peroración.»

Y cuando marchaba gozoso y ufano,
Con voz lastimera le dicen así:
*Hace ya tres días que no como, hermano,
Y debes diez reales darme para mí.*

Y entonces el hombre de larga melena,
De voz cavernosa, de gesto feroz,
Revuélvese airado, con ojos de hiena
Y dice al pobrete, blandiendo la hoz:

¡Miserable! ¡Necio! ¡Canalla! ¡Perdidol!
El duro que tengo yo me lo gané,
¿Y á mí qué me importa que no hayas co-

Esto sólo *es mío*, yo lo trabajé.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Después del párrafo citado en el artículo anterior, me dice lo siguiente el que yo creo compañero F. S.:

«Como por la profesión que ejerzó visito frecuentemente los pueblos de la provincia, sobre todo los de la zona minera y fabril, quise averiguar el efecto que las campañas de EL ZURRIAGO producían en los obreros, y con sorpresa he sabido que lo leen muy pocos, lo que me ha extrañado porque en Sama, Mieres y otros puntos se reparte gratis.»

Así dice el segundo párrafo de la carta que estoy contestando. El lector seguramente irá comprendiendo que no voy muy equivocado al suponer que el autor, si no es *compañero* no le falta el canto de una *perrina*. Pero vaya, que sabe

insinuarse con cautela, Alguno de mis redactores supone que esta carta es del mismo Vigil ó de algún allegado. Yo no creo tal cosa. Si Vigil supiera escribir con tanta calma, ó cualquiera de sus colegas de dirección socialista, *La Aurorilla* no saldría todas las semanas tan disparatada. A no ser que escriban con toda intención disparates para los pobres obreros, y al dirigirse á mí sepan hacerlo con mayor perspicacia...

En fin, sea de esto lo que se quiera, tenemos que en ese párrafo citado hay también dos afirmaciones, como en el anterior, aunque ya no tan exactas, y eso que en aquéllas había de todo, como se ha visto. Dice mi atento corresponsal que me leen muy pocos obreros y que en Sama, Mieres y algún otro punto, EL ZURRIAGO se reparte gratis. Y ambas afirmaciones son perfectamente inexactas, á no ser que yo esté en el limbo,

¡Que me leen pocos obreros! Yo no creo que mi lectura pueda ser agradable á muchos que no sean obreros, pues que á éstos voy principalmente, mejor dicho, por completo dirigido. Y sin embargo para los pueblos industriales, mineros y fabriles, mando todas las semanas *mit novecientos números*, todos los cuales, excepción hecha de unos pocos, muy pocos, que remito á mis colaboradores, se pagan religiosamente.

Pregunte F. S. á los encargados de venderme en Sama, en la Felguera, en Mieres, en todas partes, y verá lo que le dicen. ¡Y hemos de creer que los obreros de la Felguera, pongo por ejemplo, se compran *trescientos* ejemplares todas las semanas sencillamente para tener papel con que envolver pimiento? ¡Que no me leen los obreros! Bien hicieron los socialistas por conseguirlo, hasta el punto de maltratar brutalmente á mis vendedores, como han hecho en pueblos que puedo citar, y amenazándolos no menos bárbaramente en otros; pero los resultados son bien conocidos para cuantos saben lo que pasa hoy en cuanto yo llego á los pueblos aludidos.

Pregunte el compañero disfrazado á los administradores de correos y sabrá que no exagero, que mis afirmaciones son exactas por completo. Si los obreros no me leyeran, si cada día no fueran aumentando los que me leen, ¿cómo puede creer F. S. que yo siguiera viviendo una vida cada vez más robusta? ¿Quién sufragaría los gastos semanales de tirada, correo, etc. Porque los suscriptores que no son obreros reducen á muy pocos, y yo no tengo más ingresos que los que dan de sí la venta y las suscripciones. ¡Yo no tengo caja de resistencia; ni me subvenciona nadie! Comencé sin poder pagar los primeros números llegué muy pronto á verme con deudas erecidas en la imprenta; pero á los pocos meses ya pude liquidar; y eso que ciertos suscriptores son tan morcaos! ¡Me

ayudan tan poco, aun cuando comprenden la falta que hago!

Ya ve F. S. que soy sincero. No, yo no creo que él falte á la verdad á sabiendas, cuando afirma que me leen muy pocos obreros. Lo que hay seguramente es que preguntó á los que aun siguen entusiasmados con Vigil, Trocas, etcétera y es claro que habían decirle? Esos infelices no me leen, no quieren leerme, pero no porque crean que soy injusto, porque en su opinión defienda malas causas, sino porque temen que les convenza de lo zoquetes que son al creer á los *personajes* citados. No lo niego; esos obreros existen, y naturalmente, tienen que tratarme con desprecio soberano. Preguntar, pues, á esos tales por la influencia de mis campañas es muy mal camino para llegar á conocer la verdad. Y que á éstos acudió mi corresponsal lo confiesa él mismo como veremos. Por eso digo que está equivocado al decir que no me leen los obreros, pero que no miento, pues le engañaron como á un chino.

Respecto á lo segundo, á que EL ZURRIAGO se reparte gratis; tiene la mar de gracia, aunque la cosa no es nueva. Eso ya lo dijo *La Aurorilla* apenas se publicaron mis primeros números, ¡cuando yo andaba tan mal de cuartos! Y eso es lo que suele decirse siempre para *demostrar*, á falta de mejores razones, que un periódico no da gusto. Que mis números se reparten gratis! Pues usted compañero F. S. ¿por quién me ha tomado? Me cree usted un capitalista, ¿verdad? Pues le digo que está usted muy equivocado. Ni yo reparto gratis mis ejemplares, ni puedo repartirlos, porque no puedo, vamos, porque no me dan gratis ni el papel, ni la impresión, ni los sellos de correo. Todo lo tengo que pagar, incluso á los corresponsales, por punto general, pues hay algunos que nada cobran, y á todos mis vendedores y repartidores. Conque vaya usted viendo.

Verdad es que al principio se repartieron gratuitamente algunos ejemplares en Arnao, pero debido á una mala inteligencia con el corresponsal. Y eso sólo durante unas pocas semanas. También cuando la huelga de Laviana mandé *una vez* un paquete de *veinticinco* ejemplares (¡vaya una suma!) para que en mi nombre se repartieran, además de los pedidos, entre aquellos infelices obreros, abandonados miserablemente por los socialistas y por *La Aurora*, y combatidos por *El Progresillo*, el *gran amante* del pueblo.

Pues á éstos y á los poquísimos de mis colaboradores se reducen los números que reparto gratis. Ahora, que si en algún pueblo existe quien compre varios números para repartirlos entre los obreros, de eso nada puedo afirmar. Yo sólo sé decir que de ésta salen todas las semanas unos *dos mil números* todos ellos de pago. ¿Qué

se hacen tantos ejemplares? El que quiera averiguarlo que no pregunte a los que aun siguen siendo socialistas; a los que continúan entusiasmados con Vigil. Mejor sería que F. S. preguntara a éste, que desde que yo salí se quejó varias veces de los desertores, de los que abandonaban la lista de suscripción al papelucho!

De todo lo cual, compañero F. S. resulta que lo de no leerme los obreros es un infundio, y que lo de repartirme gratis un *latinfundio*. Conque no seamos gerundios.

(Concluirá)

De la Felguera

Quedamos el otro día en que no puedo aceptar el cargo de orador en el *meeting* de propaganda *sintáctico-societaria*, por falta de garantía suficiente contra los futuros ataques del posible Marcial.

Con que, ya ven ustedes, que me veo obligado, con gran disgusto mío y de la Venerable, a seguir trillando en la ora del famoso manifiesto que continúa así:

«Pedía el canalla y miserable, que otro tratamiento más adecuado no merece el que en *El Carbayón* escribe, que se expulsase al compañero Presidente, y éste en junta general, ante un público considerable, dijo que estaba pronto a dimitir el cargo que se le había confiado si algún asociado daba crédito a lo dicho por *El Carbayón*, y como movidos por la rabia que el suelto de dicho periódico inspiraba, se oyó una voz pronunciada por centenares de obreros que decían: ¡Nunca! ¡Jamás!

¡Amén, señora, y olé por tu sal ácrata!

Ya veo por qué no quiere usted algunas cosas que nos dirá después; porque para *escribir* así no hacen falta, más bien sobran.

Con la *rabia* como motor y media docena de epítetos gordos a guisa de máquina, tiene ya bastante para que ni *El Rubio* la gane en velocidad, ni *Portas* en valor.

¡Ay, señor Presidente, me huele a tomadura de lana avenirse a preguntar lo que usted no podía menos de saber que estaba ya contestado de mil maneras y por infinitos modos, todos muy expresivos!

«¡Canalla! ¡Miserable!»
Y el eco se pierde repitiendo: ¡...alla! ¡...able!

«El compañero Presidente interrogó varias veces, preguntando si alguien había dentro del local que no estuviera conforme con su conducta observada dentro de la Sociedad y con la de sus compañeros de Junta Directiva, que lo demostrase sin ningún recelo, pues las verdades deben decirse en la cara.»

¡Verdad que esto está altamente

patético, y críspala los pelos... de las uñas!

Pues, porque también a mí me gusta decir las (las verdades) *pregunto yo interrogando*, una vez sola, al compañero Presidente: Diga, señor, usted *interrogó preguntando en esa sintaxis*, ó en la *otra del motivo*? Lo digo porque bien pudieran haber entendido los obreros esto: ¿Queréis que yo siga siendo vuestro presidente? Y, claro está, en este caso la contestación *hidrófoba* se imponía al tenor de los autos.

Me *alargo en interrogar y pregunto* de nuevo al compañero jefe: ¿Había *retenes* para hablar alto, muy alto, cuando alguno pidiera la palabra para contestar, y usted leyera en sus narices la lista de cargos que pudiera hacerle?

También en ese caso, aunque la pregunta estuviera formulada como en el manifiesto aparece, la respuesta y aun la rabia quedan perfectamente explicadas.

¿Es tan común decir *si* a regañadientes!....

Por lo pronto sé yo de muchos que dijeron más, muchísimo más que *Un obrero de El Carbayón*.

¡Si hubiera valor, compañero Presidente, su *senado* agotaría los epítetos gordos! ¡Y qué lista de *villanos ultrajadores* se podía formar, y cuántas resmas de papel se gastarían en manifiestos!

Esto de gastar resmas creo que importaría poco, porque con un *puñadito* más a *La Benéfica* todo se arreglaba.

Pero, prosiga usted, venerable Directiva, y saque las consecuencias que premisas tan chuscas *han de parir*.

«Ya ve, pues, el *sinvergüenza* de *El Carbayón* cómo entre los obreros felguerinos no hacen mélla las infames calumnias lanzadas contra personas honradas, que observan mejor conducta que él ha observado en el asunto de que tratamos. Y tenga entendido que los periódicos *carcas* son despreciados por los obreros felguerinos, que, poco a poco, van emancipándose de la odiosa religión católica.»

Eso de *sinvergüenza*, Venerable, es poco para tan gran señora. Páre mientes a considerar que si es usted una persona moral; pero está compuesta de muchas *barbudas*, y que a las barbas no las está bien *eso tan flojo*, que dicen, a lo más, las rabaneras.

Diga, diga algo más, éche más *hierro*, y póngale doble altura ó doble admiración.

Y para que vea que soy amante de la *justicia*, advierta que, así como para lo primero le recomiendo más, para lo que sigue pido menos, mucho menos.

¿Dónde están diga usted, ó ustedes, venerables de la Directiva, las calumnias lanzadas por el *sinvergüenza* de *El Carbayón*?

Acaso en pedir la destitución de un Presidente cuyos desaciertos, bien patentes, fueron por muchos duramente censurados?..

¿Quizá en sostener que la Directiva se halla compuesta de jóvenes que no saben lo que traen entre manos?..

Este extremo, parte dolorosa a que se quiere aplicar la *cataplasma* del manifiesto de un modo especial, merece contestación categórica.

En lo de jóvenes no hay calumnia sino verdad, y en lo de no saber... ocurre una cosa muy parecida.

Aunque un joven *sepia* mucho, si no tiene una prudencia exquisita y tanto mayor cuanto más abarque su ciencia y más *pegiagudo* sea el asunto en que es llamado a resolver... las coplas de Calainos. Sabrá mucho, pero no de lo que trae entre manos. ¿Y quién me dice a mí (y me lo prueba, por supuesto, porque si no, no me conformo) que la muerte ó desgracia de muchas familias, los inmensos intereses de una región industrial, la seguridad pública, el orden social, etc., etc. hallan la *cantidad enorme* de ciencia y prudencia necesarias, que están en su punto, en manos de esos *tiernos y delicados pimpollos*? Si la Sociedad fuera un *baile* no habría mejores organizadores; pero siendo, ó debiendo ser, cosa más seria, de muy pocos puede decirse, y de jóvenes menos, que saben lo que traen entre manos. Y conste que esto no es deshonra para ningún joven de los excluidos pues la *incompatibilidad* es de edades en cierto modo, y nadie tiene la culpa de no haber nacido primero.

¡Vamos, hombre, que estaría bien una máquina de quinientas con ruedas de nabo gallego! Sin embargo, ¿los nabos son buenos?

Pido que *El Rubio* dé su parecer, y nos diga si sería calumniar llamar nabo a esas ruedas, ó querer sustituirlas por otras de acero puro y en condiciones de poder subir de un tirón la pendiente de La Moral ó la Cuesta de Villa.

¿Cómo gozaría el veterano y benemérito maquinista con un artefacto así! Y qué bien veríamos todos los obreros langreanos un Centro verdad donde hubiera más aplomo para tratar y resolver ciertos delicados asuntos, y mejor sentido práctico en todos!

Perobusquemos las calumnias para *desnarigarlas* por feas. Sigo leyendo:

«Y tenga entendido, que los periódicos *carcas* son despreciados por los obreros felguerinos, que, poco a poco van emancipándose de la odiosa religión católica.»

«¡Ay! ¡ay! ¡ay! ya estoy aquí todo lo *estuvi* escuchando nunca pensé de llevar al infierno un *cerujano*.»

Así decía el *drablu* (*mal año pa él*) en una comedia de *guirrios*, y esto mismo dice Marcial ahora al encontrar lo que venía buscando.

Llamar a *El Carbayón* periódico *carca*, despreciado por los obreros felguerinos (por todos), y llamar odiosa a la religión católica, son tres calumnias, ¿cosa así, como tres calabazas de Presidente.

¡Nada, lo que ya dije antes: esto debe ser efecto de la *acracia* en la *sintaxis*, ó de un *atrofiamiento* del *cerebro*, ó de las dos cosas a la vez, que obligan a decir lo contrario de lo que se intenta aunque esto sea mentira.

Mire usted, *seor* Presidente, y escuche, venerable Directiva, porque los voy a dar un consejo necesario para el *próximo triunfo literario* de su *iuustración* de ustedes.

Cuando escriban tan mal y digan tan gordos desatinos como el presente manifiesto, hagan protestas de católicos fervientes, y así la culpa del *crónico atrofiamiento* que padecen no se la llevarán ustedes sino la odiosa Religión católica. ¿Verdad que es un descubrimiento?

Dejen, pues, el emanciparse para cuando sean mayores de edad física, intelectual, social, religiosa y literariamente hablando, y hasta tanto no desprecien *les andaderes*. ¿Nos vamos entendiendo? Pues *jadelante!*

O si no, esporen un poco aquí.

Que *El Carbayón* sea ó no *carca*, ni a ustedes ni a mí nos importa; que le lean ó le desprecien ciertos *literatos*, tampoco, y esto ni a él importa. Ahora que, así porque les da la gana, llamen odiosa a la Religión católica, *es farina* de otro costal. Tengo con la Religión mucho más que ustedes con el Presidente, y así como no permiten que a éste se le toque en lomas mínimo, así tampoco puedo permitir que se toque a aquella un ápice. No llamo por esto *calumniador ni villano* a nadie, pero desafío a todos y a cada uno de los *sabios de la venerable* a que me prueben esa afirmación tonta y ridícula como yo pruebo lo que digo.

Venga, venga un ácrata a demostrarlo a este Marcial y veremos entonces cómo andamos de *ciertos menesteres*, si la supina ignorancia y falta absoluta de... todo, hasta de sentido común, no quedaron bien demostradas en el pasado *meeting* anticlerical.

¿Qué ocasión, *sapientísima Directiva*, para lucirse!

Un guante *anda rodando* por EL ZURRIAGO; recójalo usted, y le ofrezco las columnas de éste.

Marcial de las Cubas

La Felguera 5 de Enero de 1903

¡HOME VA!

Ramoncito Pérez, el de la *cabellera plácida*, el modernista lila, fu-trándose en las prescripciones de todos los códigos penales del universo, ha decidido nada menos que publicar un libro.

Y *El Progreso* pedagógico, que parece venido al mundo para dar malos ratos a sus lectores, anunció el atentado de Pérez... pero ¿de qué manera!

Publicando, sin [previo aviso sin de cir] *jagua va!* el prólogo en que el chi-

